

— Que habéis errado, caballero, tratando al enfermo como si tuviera gastritis.

— ¿Cómo que he errado?

— Si, suponiendo, os lo repito, á Mr. Gerard atacado de una gastritis.

— Pero yo, caballero, no supongo, afirmo.

— ¡ Pues bien ! yo creo que el enfermo padece otra enfermedad que la que afirmáis.

— Entonces pretendéis...

— Yo á mi vez tampoco pretendo, caballero, afirmo.

— Afirmáis que Mr. Gerard...

— No padece gastritis, es la tercera vez que tengo el honor de deciroslo.

— ¿ Pero qué diablos queréis que tenga sino gastritis ? dijo el viejo cirujano estupefacto.

— Tiene simplemente una neumonía, dijo con frialdad Ludovico.

— ¡ Una neumonía ! ¡ Ah ! ¡ llamáis á eso una neumonía !

— No es otra casa.

— Entonces, ¿ tal vez afirmáis que vais á sacarle de ella ?

— En cuanto á eso, caballero, no lo afirmo ; me contento con esperarle.

— ¿ Se puede conocer el remedio soberano que vais á emplear ?

— Voy á pensarlo, querido colega, siempre que me deis permiso para ello.

— ¡ Cómo ! ¿ me pedís permiso para salvar á mi más antiguo amigo ?

— Os pido permiso para tratar un enfermo que estáis tratando vos.

— ¡ Pero os lo doy cien veces ! ¡ Pluguiera á Dios que sirviese de algo ; pero si he de deciros mi opinión, dudo que el pobre joven vea el sol de mañana !

— Voy pues á intentar lo imposible, respondió Ludovico, conservando siempre la misma cortesania y el mismo respeto hacia un médico que era mayor que él, en edad ó nacimiento, aun cuando no lo fuera en ciencia.

— Esa es la palabra, lo imposible, dijo el viejo cirujano sin comprender aquella deferencia de Ludovico que tomaba por duda.

— Ahora, decidme, mi honorable cofrade, ¿ qué habéis hecho hasta aqui ? dijo Ludovico.

— Le he dado dos sangrias, le he aplicado sanguijuelas al estómago, y le he puesto á una dieta absoluta.

Una sonrisa rozó los labios de Ludovico, sonrisa nacida más bien de la compasión que le inspiraba el enfermo, que de la ironía que debía inspirarle aquella panacea universal tan á la moda en aquella época : las sanguijuelas y la dieta, esa otra sanguijuela del estómago.

Á este punto de la discusión llegaban los dos facultativos cuando algunos paisanos, impacientes por conocer el milagro que había debido obrar la presencia de otro médico, invadieron la antecámara del filántropo de Vanves.

— ¿ Qué hay ? gritaron todos á la vez : ¿ está mejor ? ¿ se ha salvado ?

El viejo cirujano, que estaba acostumbrado á oír que le gritaban al oído esas mismas palabras siempre que salía de casa del honrado Mr. Gerard, creyó que también era á él á quien se dirigían.

¡ Pero ay ! si la ola es inconstante y la mujer más inconstante que la ola, hay una cosa que es mil veces más inconstante que la ola y la mujer á la vez.

La muchedumbre.

Así que, uno de los paisanos que más habían excitado á Ludovico para que entrase en la casa del bienhechor común, respondió bastante groseramente al viejo cirujano, que decía:

— Haremos lo que podamos, amigos míos, estad tranquilos.

— No es á vos á quien lo preguntamos.

Sin duda entonces el digno M. Pilloy, que había ayudado á nuestro ilustre amigo Larrey á cortar las dos piernas al bravo Montebello, hizo la misma reflexión que nosotros sobre la multitud.

Sólo que la hizo un segundo demasiado tarde.

Así que, se desquitó frunciendo las cejas y formando casi para consigo el voto impío, de que la ciencia fanfarrona del joven facultativo recibiese respecto al enfermo un patente descalabro, á fin de hacerle participar de aquella suma de desdén que ahora le profesaban á él los aldeanos.

Otro aldeano se dirigió directamente á Ludovico, preguntando y respondiendo á la vez:

— ¿Qué tal, cómo le habéis encontrado? Muy mal, ¿no es verdad?

— No hay esperanza, ¿no es verdad, caballero? preguntó otro.

— No volverá en sí, ¿no es verdad, caballero? dijo otro.

— Amigos míos, respondió Ludovico, mientras el enfermo no está muerto, es preciso tener confianza, no en el arte del médico, sino en la naturaleza; y á Dios gracias, Mr. Gerard no está muerto.

Entonces lanzó un hurra la multitud.

— ¿Le salvaréis pues? preguntaron veinte voces.

— Haré lo que pueda, dijo Ludovico.

— ¡Oh! salvadle, salvadle, caballero, le gritaron de todos lados.

Al oír aquellos gritos había salido la enfermera de la habitación.

— ¿Qué hay? preguntó el enfermo, á quien molestaba todo aquel tumulto; ¿no se me puede dejar morir tranquilo?

— ¡Oh! caballero, dijo la enfermera, no se trata de morir.

— ¡Cómo! exclamó el enfermo; ¿no se trata ya de morir?

Y sus ojos, que se hubiera creído que estaban apagados, lanzaron una llama doble.

— No, caballero, el joven médico que ha venido, ha dicho á los paisanos que tal vez os salvará.

— ¡Oh! tal vez, repuso Mr. Gerard, volviendo á dejar caer la cabeza sobre su almohada; en todo caso, Mad. Vincent, que no se aleje; en nombre del cielo que no se aleje.

En seguida, aniquilado por aquel esfuerzo, quedóse inmóvil, sin vivir en la apariencia, más que por la especie de silbido que hacía su aliento al salir del pecho.

— Señores, señores, dijo la enfermera. Mr. Gerard se encuentra mal, diríase que va á morir.

Entró Ludovico al instante, cogió la mano, y tomó el pulso.

— No es nada, dijo, es un síncope producido por la emoción.

— Ánimo, caballero.

El enfermo lanzó un suspiro.

La enfermera se veía y se deseaba para impedir que la multitud invadiese la habitación.

— Sin duda, dijo el viejo médico á su joven cofrade, no iréis á limitaros, caballero, á decir al enfermo: ánimo, ánimo; ¿algo le dispondréis?

— Dadme un papel, pluma y tinta, dijo Ludovico dirigiéndose á la enfermera, voy á poner una receta.

Varios echaron á correr en competencia sobre quién encontraría más pronto los objetos pedidos.

El enfermo, que con la palabra *tal vez*, había vuelto á perder la esperanza por un instante concebida, se agitaba en su lecho, juntando las manos y expresando con el gesto, de un modo más claro que lo hubiera hecho con las palabras, esta súplica:

— ¡Dejadme, por Dios, morir tranquilo!

Pero nadie fijaba la atención en la muerte cruel que se le imponía; tanto era el deseo que todos tenían de conservar-le la vida.

Buscó Ludovico un sitio en donde escribir la receta; pero todos los muebles estaban ocupados con redomitas, pucheros, vasos, platos y platillos de todos géneros.

Viendo los paisanos el embarazo de Ludovico, ofrecieron unos sus cabezas, otros sus rodillas.

Encontró Ludovico una espalda conveniente, y se sirvió de ella como de una mesa para escribir la receta.

— Enviad inmediatamente á buscar esto, dijo el joven á la enfermera.

No había formulado este deseo, cuando arrancada la receta de sus manos, pasaba á las de siete ú ocho de los asistentes que se disputaban el placer de ser útiles á Mr. Gerard.

Al fin se hizo dueño del precioso papel un cojo, y pian, pian, partió lo más pronto que pudo.

— Mi buena señora, dijo Ludovico á la enfermera, daréis

á Mr. Gerard media cucharada de la poción que van á traer á cada media hora, ¿entendéis? ni con más ni menos frecuencia que cada media hora, y ni más ni menos cantidad que media cucharada; sólo esto puede salvarlo.

— Cada media hora media cucharada, repitió la enfermera.

— Si, eso es justamente, me es absolutamente preciso volver á París.

Lanzó el enfermo un suspiro; parecióle que le abandonaba el resto de su existencia.

Oyó Ludovico aquel suspiro, ardiente plegaria del hombre desesperado.

— Necesito volver á París, dijo, pero dentro de tres horas vendré á ver el efecto que ha producido la poción.

— Y entonces ¿estáis seguro de que vuestra poción le salvará? gruñó burlándose el viejo médico.

— Seguro no es la palabra, mi querido cofrade; vos sabéis mejor que nadie, que el hombre nunca está seguro de nada, pero...

Ludovico dirigió aun otra mirada al moribundo.

— Pero lo espero, dijo.

Esta última palabra produjo un hurra de alegría en la multitud.

Reunió el enfermo todas sus fuerzas, é incorporándose sobre su lecho dijo:

— Tres horas, caballero, tratad de no tardar más.

— Os lo prometo, caballero.

— Contaré los minutos, caballero, dijo el enfermo enjugando con su pañuelo su frente cubierta de un sudor, que se hubiera podido tomar por el de la agonía.

Después de estas palabras, salió Ludovico con su viejo cofrade, invitándole á pasar el primero, inclinándose de-

lante de él, dándole, en una palabra, en presencia de la multitud, todas las señales de respeto que se deben á una persona de más edad y á un superior.

Tomó Ludovico, como había dicho, el camino de París, buscando con la vista un cabriolé, un fiacre, un vehículo cualquiera para estar más pronto de vuelta.

Siguióle el cirujano lleno de rencor y sin separar los dientes.

Ludovico, por su parte, creyó que no le pertenecía hablar el primero, ni aun para despedirse de su cofrade.

Hubiera ciertamente durado aquel silencio hasta su separación, si el cojo que había ido á buscar el medicamento recetado, no hubiera llegado pian, pian delante de los dos rivales para desatarles la lengua.

Enseñó el cojo á Ludovico la poción que el boticario acababa de darle.

— ¿Es esto, caballero? preguntó.

— Sí, amigo mío, respondió Ludovico mirando la redoma, y encarga mucho á la enfermera que siga punto por punto lo que le he prescrito.

Este encuentro sirvió á Mr. Pilloy de pretexto para volver á tomar la palabra.

— ¿Tal vez creéis, mi querido cofrade, que no sé lo que contiene esa redoma? preguntó.

— ¿Por qué os había de hacer esa injuria, caballero? preguntó Ludovico.

— ¿Es emético lo que ahí le dais?

— En efecto, es emético.

— ¡Pardiez! dijo Mr. Pilloy, preciso es que le deis emético, puesto que creéis en una neumonía.

— Caballero, dijo friamente Ludovico, tengo tal respeto á vuestra ciencia y á vuestra experiencia, que desearía

equivocarme, si esto no fuese desear al mismo tiempo la muerte del enfermo.

Y dichas estas palabras, no viendo Ludovico en el horizonte ningún fiacre ni ningún cabriolé, tomó á través de los campos un sendero que parecía deber conducirle más pronto á su destino por el camino real.

Por su parte el viejo médico, curioso por saber el efecto que iba á producir la poción en su amigo moribundo, volvió á Vanves; y dos horas y media justas después de la marcha de Ludovico, estaba á la cabecera del enfermo, que aquella vez no le vió instalarse allí sin cierta repugnancia.

Tal empeño sorprendió á los aldeanos que le vieron entrar; sorprendió sobre todo á la enfermera, que acostumbrada á esperar á Mr. Pilloy á veces mucho tiempo, cuando se le llamaba, quedó atónita al verle llegar cuando no se le llamaba.

Él, sin embargo, no se tomó el trabajo de motivar su inesperada visita.

Intentó interrogar al enfermo; pero éste, fuese desconfianza, fuese que su debilidad se hubiese aumentado, se negó á responderle.

Entonces, volviéndose hacia la enfermera, preguntó:

— ¿Qué tal? querida Mad. Vincent, ¿qué hay de nuevo?

— ¡Ah! caballero, respondió la buena mujer, esto va bien medianamente.

— ¿Le habéis administrado la famosa poción?

— Sí, señor.

— ¿Qué efecto ha producido?

— Mal efecto, mal efecto, querido Mr. Pilloy.

— Pero, en fin, ¿qué efecto? preguntó el viejo doctor frotándose disimuladamente las manos.

— Ha vomitado, caballero.

— ¡Pardiez! seguro estaba yo de ello; felizmente yo no soy responsable de las consecuencias, y si muere, no será yo quien le haya matado.

— No, dijo la buena mujer, es verdad; pero vos sois quien le habéis condenado.

— ¡Pardiez! dijo el cirujano mayor del gran ejército, siempre se condena; sin eso, si un enfermo se muriese, lo que sucede algunas veces, se diría al médico: «Ha muerto, y no le habéis condenado.» De este modo se salva el honor de la medicina.

— Sí, dijo Mad. Vincent, y si el enfermo sale de la enfermedad, se aumenta el prestigio del médico.

Las recriminaciones del viejo cirujano y las reflexiones médico-filosóficas de la enfermera, duraron una media hora.

Al cabo de aquella media hora llegó Ludovico.

Entró justamente en el momento en que Mr. Pilloy, sin compasión hacia su mejor amigo (la ciencia es como Saturno, devora á sus hijos), entró, decimos, en el momento en que Mr. Pilloy, viendo al enfermo devolver casi inmediatamente el agua emetizada que acababa de tomar, decía mirando á Mr. Gerard, cuyo rostro, contraído, expresaba el sufrimiento:

— ¡Decididamente está perdido!

Oyó Ludovico estas palabras; pero sin parar ni poco ni mucho la atención en ellas, fué derecho al enfermo, le miró atentamente, y en seguida le tomó el pulso.

Al cabo de un minuto, minuto lleno de ansiedad para aquel buen corazón, lleno de inquietud de distinta naturaleza para el viejo cirujano; al cabo de un minuto levantó la cabeza.

Su rostro, examinado á la vez por el médico, por la en-

fermera y por el moribundo, expresaba la satisfacción más completa.

— Esto va bien, dijo.

— ¿Cómo que va bien? preguntó Mr. Pilloy estupefacto.

— Sí, el pulso se ha reanimado.

— ¡Ah! ¿es en eso en lo que encontráis que va mejor?

— Ciertamente.

— Pero, joven desgraciado, ¿si ha vomitado!

— ¡Ha vomitado? repitió Ludovico mirando á Mad. Vincent.

— Bien veis que está perdido.

— Al contrario, dijo Ludovico, si ha vomitado se ha salvado.

— ¡Respondéis de la vida de mi mejor amigo! replicó Mr. Pilloy furioso.

— Sí, señor, dijo Ludovico; respondo con mi cabeza.

El viejo médico tomó su sombrero y salió con las trazas de un algebrista á quien se le sostiene que dos y dos son cinco.

Escribió Ludovico otra receta, y la entregó á la enfermera.

— Señora, le dijo, *he tomado la responsabilidad*; ¿sabéis lo que esto quiere decir en términos de medicina? Que Mr. Gerard no tome absolutamente nada más que lo que yo disponga, y se ha salvado.

Lanzó el moribundo un grito de alegría, cogió la mano del joven, y antes que éste hubiera podido oponerse á ello, aplicó á ella sus labios.

Pero casi en el mismo instante pareció descomponerse su rostro bajo la influencia de un terror indecible.

— ¡Y el monje! ¡y el monje! murmuró, volviendo á caer anonadado sobre su almohadón.

CAPÍTULO VIII.

EL HOMBRE DE LA NARIZ FINGIDA.

Hemos terminado en cierto modo los diferentes relatos que forman el prólogo de este libro, y á parte de Petrus, Lydia y Regina, el lector conoce ahora la mayor parte de los personajes destinados á desempeñar los principales papeles en nuestro drama.

Además, ya se ha visto: las diferentes historias que acabamos de referir, y que tal vez han parecido incoherentes entre sí, han venido á reunirse poco á poco y á formar un todo homogéneo.

Los hilos, divergentes en la apariencia, y sin relaciones visibles unos con otros, poco á poco, á hurtadillas, han formado en nuestra mano, á medida que hemos ido avanzando en nuestra relación, una trama, con frecuencia impregnada de lágrimas; á veces hasta enrojecida con sangre; bosquejo ora alegre, ora sombrío, al que hemos intentado dar las gigantescas dimensiones que permite la tarea que nos hemos impuesto, intentando tomar el tronco de la restauración, desde sus más altas cimas hasta sus más profundos abismos.

Que no se pierda pues el ánimo, que se sigan atrevidamente nuestras huellas en ese país de lo desconocido en que nos aventuramos, y que lo lejos de los horizontes no asuste á nadie; llegaremos allá, á pesar de los rodeos y de las vertientes del camino.

Cuando llegue el momento de poner de manifiesto la

moralidad de esta obra, esperamos que nadie se dé cuenta del camino que haya andado; el fin justificará los medios.

Esté bien seguro el lector de que cada uno de nuestros personajes no es sólo una creación imaginaria, un ser convencional ó fantástico; que no tenga por objeto más que hacer reír ó llorar en virtud de tal ó cual procedimiento más ó menos hábil: no, cada héroe pinta al natural, representa una idea; es la emanación de una virtud ó de un vicio, de una debilidad ó de una pasión, y todos estos vicios, estas virtudes, estas pasiones, estas debilidades, reproducirán colectivamente la sociedad, así como aisladamente cada cual representará uno de sus miembros.

Hay dos maneras de proceder, tanto en el teatro como en un libro, dos métodos contrarios para llegar al mismo objeto.

El uno se llama síntesis, el otro análisis.

Por la síntesis se llega al conocimiento de las verdades que se buscan, partiendo de los primeros principios.

Por el análisis se parte de las proposiciones particulares para llegar á los principios.

Ya hemos dicho que el objeto es el mismo, sólo que por la síntesis se llega subiendo, y por el análisis bajando.

El análisis descompone, la síntesis compone.

El análisis desmenuza un cuerpo, reduciéndolo á sus partes principales para conocer el orden de ellas.

La síntesis reúne esas partes para formar de ellas un todo.

Que se nos permita pues, según nuestras necesidades, y aun según nuestro capricho, puesto que tenemos la elección de los dos medios, usar indistintamente, tan pronto del uno como del otro.

Corneille, después de haber hecho treinta tragedias, pedía, en el prefacio de *Nicomedes*, permiso para deslizar un poco de comedia en la treinta y una.

Nosotros hacemos como el autor del *Cid*, después de haber escrito ochocientos cincuenta volúmenes para nuestros lectores, pedimos á éstos permiso para hacer una treintena para nosotros.

Dicho esto, volvamos al curso de nuestra narración.

Hemos dejado á Ludovico y á Petrus separándose á la puerta de la taberna de Bordier.

Ludovico para seguir á Canta-Lilas, y ya hemos visto las consecuencias que había tenido la ida del joven médico á Bas-Meudón.

Petrus para ir á su sesión.

Ocupémonos un poco de Petrus, de quien apenas hemos dicho algunas palabras, y á quien sólo por un instante hemos presentado delante de nuestros lectores en el prólogo de nuestro drama.

Bueno es que antes de principiar la porción de este libro que directamente le atañe, el lector le conozca física y moralmente.

Era Petrus todo un buen mozo, de una elegancia y una distinción naturales, que hubieran podido envidiarle los más elegantes y los más distinguidos jóvenes á la moda; pero se ruborizaba en cierto modo de aquella superioridad aristocrática, que la casualidad había hecho que le tocara al nacer.

Tenia para la fatuidad de esos jóvenes á quienes se llama hijos de familia, sin duda para distinguirlos de aquellos que, sabiendo bastarse á sí mismos, se contentan con ser hijos de sus obras; tenía, decimos, para esos jóvenes desocupados, un desprecio tan profundo, un horror

tan invencible, que se esforzaba en disimular su elegancia y su distinción naturales, es decir, las únicas cosas que de común con ellos tenía, por temor de asemejarseles.

Afectaba un aire tosco para ocultar su aire verdadero; así como afectaba defectos que no tenía, para ocultar cualidades que tenía. Así que, Juan Robert le había dicho en el momento de entrar en la plaza del Mercado, que hacía el escéptico, el calavera, el hombre gastado, por temor de que se conociese que era bueno y sencillo.

En el fondo, era un corazón de joven de veinticinco años, honrado, inocente, impresionable; en fin, un verdadero corazón de artista.

Y sin embargo, era él quien había tenido la idea de aquella mascarada, y la de comer en aquel inmundo lugar.

Ahora bien, ¿cómo se le había ocurrido aquella idea?

Para formar una idea exacta del carácter de Petrus, es preciso que nuestros lectores nos permitan referirles esto.

La mañana misma del martes de Carnaval, después de un paseo á eso de mediodía, había vuelto á entrar Petrus en su casa muy pensativo.

¿De qué procedía esto? Más tarde se sabrá. Todo lo que por ahora podemos decir es, que Petrus había entrado pensativo, cuidadoso.

Los mejores caracteres tienen días en que no valen para maldita la cosa.

Petrus se hallaba en uno de estos días.

Juan Robert le había ofrecido leerle un acto de su nueva tragedia, pero había enviado á pasear á Juan Robert.

Ludovico le había ofrecido purgarle, pero había enviado á Ludovico á pasear más lejos aún que á Juan Robert.

Aquel corazón indiferente estaba todo conmovido. Aquel espíritu encantador estaba atontado.

Sus dos amigos, habituados á verle muy distinto, nada comprendían.

Preguntado acerca del secreto de su tristeza, Petrus se había contentado con mirarlos de frente y responderles :

— ¡ Yo triste ! ¡ estáis locos !

Respuesta que había inquietado mucho á los dos jóvenes.

Habían pues insistido, pero inútilmente.

Siempre que traían la conversación á tratar de su tristeza, se alejaba Petrus de ellos, refugiándose en los mas oscuros rincones de su taller, como si quisiera huir hasta de su contacto.

En uno de aquellos movimientos de retirada, llevado al extremo por sus dos amigos, les declaró que por poco que continuasen persiguiéndole, dondequiera que se retirase, iba á abrir la ventana y saltar del segundo piso, para saber si insistían en seguirle.

Ludovico extendió la mano esta vez, no ya para purgarle, sino para sangrarle, declarándole atacado de una fiebre cerebral ; pero Petrus abrió la ventana declarando, que al primer movimiento que sus amigos hiciesen, ejecutaría su amenaza.

Después, como un verdadero bretón de Saint-Malo que era, habituado desde su infancia á correr sobre las vergas de los buques, á encaramarse á las cofas de los navíos, lanzó todo su cuerpo adelante, deteniéndose de una manera casi invisible á través de su balcón.

Sus amigos creyeron por un instante que iba á precipitarse en efecto, y lanzaron un grito.

Pero él respondió con una carcajada homérica, que en

la disposición de ánimo en que estaban, inquietó á Juan Robert y dejó estupefacto á Ludovico.

— ¡ Qué hay pues ? preguntaron los dos jóvenes inquietos.

— Hay, respondió Petrus, que tengo delante de los ojos el más hermoso modelo de caricatura para Charlet, ó el más bello héroe de novela para Paul de Kock, que jamás haya sido dado contemplar á un hombre durante las veinticuatro horas que constituyen este bienhadado día festivo que se llama martes de Carnaval.

— Veamos, dijeron los dos amigos acercándose.

— ¡ Oh ! mirad, dijo Petrus, no soy egoísta.

Ludovico y Petrus se acercaron.

Por más que el taller de Petrus estuviese situado, como hemos dicho, en la calle de Oeste, sus ventanas daban á la explanada del Observatorio.

Era pues la explanada del Observatorio la que servía de marco al sujeto del cuadro destinado al lápiz de Charlet ó á la pluma de Paul de Kock, que tan inopinadamente había despertado la alegría de Petrus.

El héroe de esta novela ó el modelo de este cuadro, era un personaje vestido de negro, más bien bajo que alto, más bien grueso que delgado, que se paseaba solitario, melancólico y con el bastón en la mano en la calle del Observatorio.

Visto por la espalda, presentaba el buen hombre una superficie redonda que nada tenía de particularmente cómica.

— ¡ Qué diablo encuentras de gracioso en ese caballero ? preguntó Juan Robert.

— Me parece un hombre como cualquiera otro, dijo á su vez Ludovico, excepto que me parece que tiene una contracción en la pierna derecha.

— Ese no es un hombre como los demás : por de pronto, os equivocáis en ese punto, respondió Petrus, y la prueba es que yo desearía mucho ser como él.

— ¿ Qué es lo que le envidias ? veamos, preguntó Juan Robert, y si se puede ofrecerte lo que él tiene, ó si lo que él tiene está de venta, voy á comprárselo y te lo doy.

— Voy á decirte lo que tiene. En primer lugar está solo y no tiene dos amigos que le estén fastidiando, como vosotros á mí, lo cual ya es algo ; y luego, que yo me fastidio y él se divierte.

— ¿ Cómo que se divierte ! dijo Ludovico, ¿ si tiene el aire triste como un ahorcado !

— ¿ Ese hombre se divierte ? preguntó Juan Robert.

— Enormemente, respondió Petrus.

— Pues á fe mía que no lo parece, dijo Ludovico.

— Pues bien, yo os digo, replicó Petrus, que ese hombre rie interiormente á carcajadas, y voy á daros la prueba de ello, ¿ la queréis ?

— Sí, respondieron á una voz los dos jóvenes.

— ¿ Pues bien ! escuchad, dijo Petrus.

Y haciendo una especie de bocina con las dos manos, gritó al que paseaba :

— ¿ Eh ! caballero, vos que paseáis ahí abajo, caballero.

El caballero estaba solo en la calle. Comprendiendo pues que no podían dirigirse á otro que á él aquellas voces, se volvió.

Entonces los tres jóvenes soltaron reunidos la misma carcajada homérica que Petrus había soltado solo un momento antes.

Era un hombre grave de cuarenta á cincuenta años poco más ó menos, que tenía en mitad del rostro una nariz de cartón de tres ó cuatro pulgadas de largo.

— ¿ Qué puedo hacer en vuestro servicio, caballero ? preguntó con una voz lúgubre.

— Nada, caballero, absolutamente nada, respondió Petrus, hemos visto lo que deseabamos ver.

En seguida, volviéndose hacia sus amigos :

— Vamos á ver, ¿ qué decis de él ? preguntó.

— Confieso, dijo Juan Robert, que ese hombre muy serio, visto por la espalda, es muy alegre visto de frente.

— Propondré á la Academia de ciencias, dijo Ludovico, que conceda un premio al médico que encuentre la enfermedad que padece un hombre que se pasea con un pantalón negro, un redingot negro, un sombrero redondo y una nariz fingida.

— ¿ Y necesitarás un premio, un aliciente, una prima para encontrar eso ? dijo Petrus con aire de desprecio.

— Escucha, dijo Juan Robert, Petrus está en vena de adivinación y va á decírtelo.

— ¿ Oh ! pues le desafío á ello, dijo Ludovico.

— Petrus ve tal vez en ese hombre algo más que una nariz fingida.

— Y aun cuando viese un tupé fingido, ¿ adónde le conduciría esto ?

— Adonde la forma bajo la que aparecen en el mar las velas de un buque, condujo á Cristóbal Colón ; donde la caída de una manzana condujo á Newton ; donde el rayo, cayendo sobre un ciervo volante, condujo á Franklin ; al descubrimiento de la verdad, dijo Petrus con ese entusiasmo facticio, que era uno de los resortes cómicos de la conversación de la época.

— Veamos, dijo Juan Robert : no sé qué filósofo ha dicho, que todo hombre que había descubierto una verdad y

la guardaba para sí era un mal ciudadano. ¡ La verdad, Petrus, la verdad !

Hallábase Petrus justamente en uno de esos momentos de excitación nerviosa, en que la palabra es un consuelo ; no se hizo pues de rogar para tomar la palabra.

— ¡ Pues bien ! sí, desgraciados ciegos, bajo la postiza nariz de ese hombre entreveo yo toda su vida.

— Vamos, Petrus, vamos, dijo Ludovico.

— ¿ Veis ese hombre ? continuó Petrus ; pues bien, voy á referiros su historia.

— ¡ Silencio ! dijo Juan Robert.

— Ese hombre tiene una mujer que le es insoportable, y pasa una vida que le es tan insoportable como su mujer. Ha oído decir á los vecinos, que sus hijos no eran suyos ; su portero, á causa de esto sin dñda, le mira con un aire burlón cuando sale, y con un aire triste cuando entra. No tiene más que un solo amigo, y es justamente á quien se acusa de ser su enemigo. Esta difamación es fundada, ó si lo preferís, esta difamación no es difamación ; él lo sabe, tiene las pruebas auténticas : pues bien, continúa estrechando la mano de su amigo amistosamente, ó la de su enemigo, como queráis ; juega todas las noches con él su partida de dominó, y le convida á comer una vez á la semana, y le confía su mujer para las primeras representaciones, y le llama mi bueno, mi querido, mi antiguo amigo ; se sirve, en fin, de los epítetos más afectuosos para probarle su amistad, mientras que en el fondo del alma le odia y le detesta y quisiera comerle el corazón, como Gabriela de Vergy comió el de su amante Raoul. ¿ Y por qué disimula, sonríe, y mima así á la mujer y al amante ? Porque ese hombre es un sabio, un Sócrates, un paisano pacífico, en fin, quiere tener tranquilidad en su casa y que

no podría tenerla si abriese la boca ó no cerrase los ojos.

— Pero al cabo, mi querido Petrus, dijo Juan Robert para excitar la verbosidad febril de su amigo ; ese hombre tiene goces ; en medio de ese Sahara que se llama matrimonio, ha encontrado algún oasis, alguna fresca fuente donde va á sus horas, dónde se refresca clandestinamente lo que le vuelve á dar la fuerza necesaria para pisar de nuevo la ardiente arena del desierto conyugal.

— Sí, sin duda, respondió Petrus, nunca es el hombre, ni de todo punto feliz, ni de todo punto desgraciado ; hay rayos de luz en medio de la sombra, como en los huracanes de Ruysdael, como en las tempestades de Vernet. Sí, tiene, como todos, sus felicidades íntimas y mudas, sus goces misteriosos y ocultos.

Ahora bien, ¿ conocéis sus goces ? ¿ adivináis sus felicidades ?

— No.

— Voy entonces á decíroslos.

La alegría, inefable de ese hombre, la felicidad solemne que se promete durante los trescientos sesenta y cinco días del año, es colocarse una nariz postiza el martes de Carnaval ; usando de los beneficios de la ley, pasa descaradamente por su barrio, con seguridad de que no le reconocan sus vecinos, á quienes insulta á su vez, y tanto más debe creerlo así, cuanto que el año anterior, en igual época, vió á su amigo y á su mujer, en un fiacre, y á su aspecto no bajaron la cortina.

Ese hombre que veis ahí, continuó Petrus exaltándose en su fantástica improvisación, no daría su día de martes de Carnaval por veinte mil maravedises ; es rey de París, y se pasea de incógnito en su ciudad, y esta noche cuando vuelva á su casa le preguntará en vano su mujer en qué ha

empleado el día; permanecerá sordo y mudo á las preguntas de su mujer, y la mirará con aire de compasión, sólo al pensar en los placeres de que habrá gozado durante cinco ó seis horas.

Respetad pues ese hombre, dijo al concluir Petrus; respetadle y envidiadle, porque se divierte; mientras que vosotros, en este día de regocijo público, tenéis el aire, tú Ludovico, del médico que acaba de matar la alegría, y tú, Juan Robert, el del sacamuertos, que acaba de conducirla al Padre Lachaise.

— Puesto que envidias la suerte de ese hombre, dijo Ludovico á Petrus, ¿por qué no te disfrazas como él con una nariz postiza, no intrigas como él con los pasajeros, y no haces creer á los vecinos de tu barrio que sus mujeres les engañan?

— No me desafíes, dijo Petrus.

— Al contrario, te desafío con todas mis fuerzas.

— No desafíes á un loco para que haga lo que constituye su locura, dijo Juan Robert.

— La locura pasa por ser la madre de la sabiduría, dijo sentenciosamente Petrus, lo que prueba de paso, que cuando es uno loco de joven, se torna en sabio de viejo; mientras que por el contrario, los jóvenes sabios son locos á la vejez. Así que, continuó Petrus, hé aquí de lo que estáis amenazados los dos; estáis en el camino real de la demencia sin daros cuenta de ello; vuestra sabiduría precoz os conducirá derechitos á la desvergüenza. ¡Bah! nuestros padres no eran así; eran jóvenes durante su juventud, viejos en la edad madura. No desdeñaban santificar las fiestas, particularmente el martes de Carnaval era para ellos un día de alegría; mientras que vosotros, viejos de veinticinco años, que os hacéis los Manfredos y los Werther,

despreciáis los placeres sencillos de nuestros abuelos, no aventuráis la suela de vuestras botas por las calles de París un día de Carnaval; no, al contrario, huís, os encerráis, y lo que es peor, os encerráis en mi casa, que el diablo me lleve si no soy más bestia y si no estoy aún más triste y soy aún más bruto que vosotros.

— ¡Bravo, Petrus! gritó Ludovico, á fe mía me has convertido, y la prueba es, que te propongo un desafío.

— ¿Cuál?

— Vestirnos los tres de diablos y correr todos los sitios malos de París con ese elegante traje.

— Aceptado, dijo Petrus. Necesito distraerme. ¿Eres de la partida, Juan Robert, eres de la partida?

— Imposible, dijo Juan Robert, como en la calle de Santa Polonia, y me quedo á una *soirée* de familia. Concededme, pues, esa libertad.

— Sea; pero con una condición.

— ¿Cuál? preguntó Juan Robert.

— Sí, pero no sea cosa que cuando se haya dicho la condición, vayas á negarte ó á poner obstáculos, dijo Ludovico.

— Os doy mi palabra de que sucederá como en los juegos de prendas, haré lo que se me ordene.

— Pues bien, dijo Ludovico, como estoy curioso por saber si Petrus se ha equivocado respecto al hombre de la nariz postiza, vas á ponerte delante de él y preguntarle:

— ¿Cómo os llamáis? ¿quién sois? ¿á quién buscáis? Aquí aguardamos.

— Sea, dijo Juan Robert.

Tomó el joven su sombrero y salió.

Diez minutos después volvió á entrar.